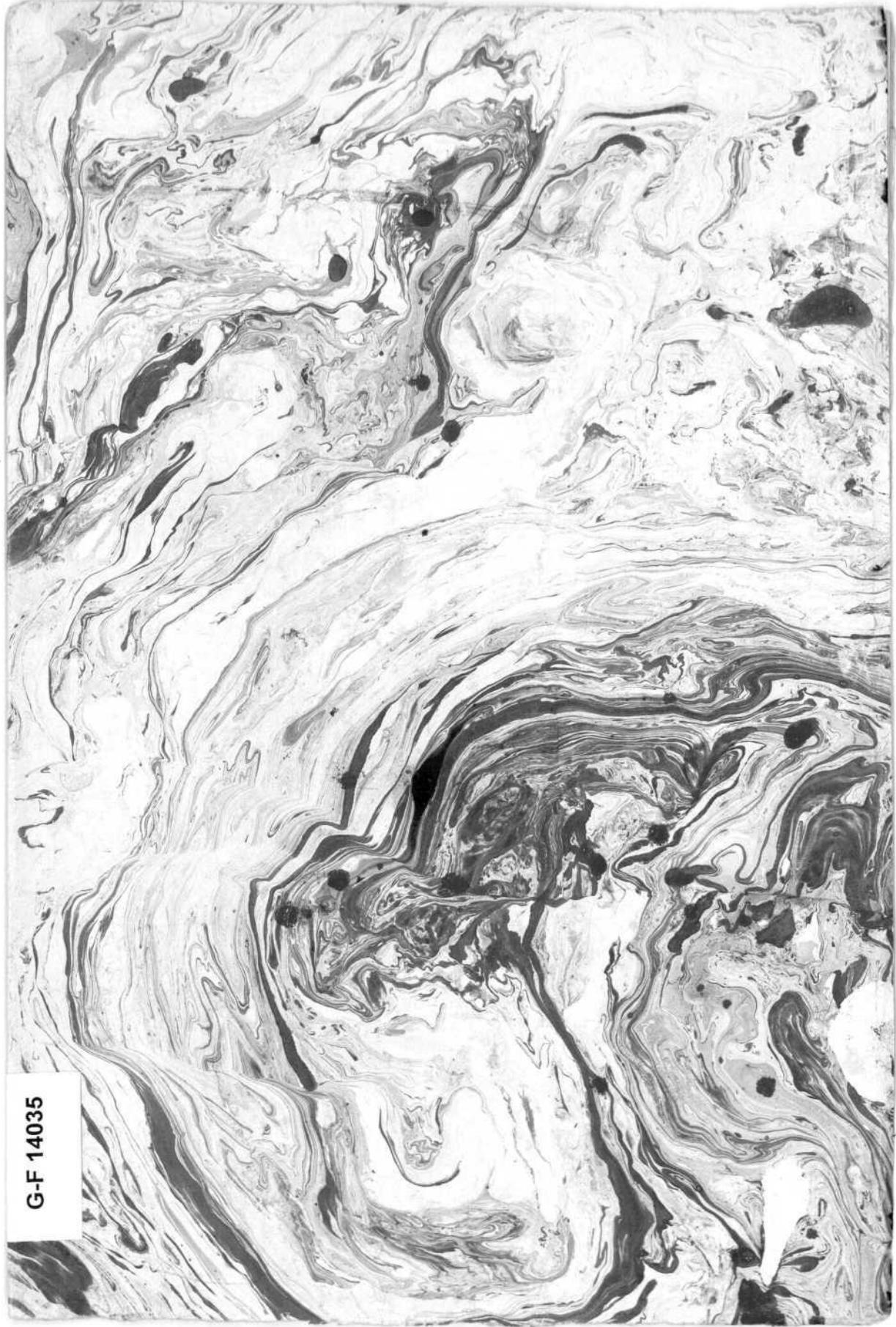


G-F 14035



SDG CL

A

+ 159429



EL CASTILLO DE BURGOS

(FRAGMENTOS DE UN CAPÍTULO) (1)

EN los comienzos del reinado de Fernando V é Isabel I, asomó de nuevo su faz repugnante la discordia por disputarles el trono *La Beltraneja*, cuyo partido, que dirigía Don Alonso de Portugal, siguió al principio la ciudad de Burgos con una tenacidad que afortunadamente tuvo breve término.

El Maestre de Alcántara Juan de Zúñiga, Alcaide del castillo burgalés, á nombre de su tío D. Alvaro de Zúñiga, Conde de Plasencia, que lo tenía por juro de heredad; su primo D. Iñigo López de Mendoza, D. Pedro de Cartagena y otros nobles de los más comprometidos por Doña Juana, negáronse á reconocer á los Reyes Católicos, y con los socorros enviados por

(1) De un libro próximo á publicarse.

el Duque de Arévalo se hicieron fuertes en dicho castillo é iglesia de Santa María *La Blanca*, cometiendo mil tropelías en daño de la ciudad por haber ésta abandonado á la desventurada hija de Enrique IV que, algunos cronistas, no sabemos si fundadamente, llaman *La Excelente*.

Apurados los burgaleses por el fuego irresistible que desde el fuerte se les hacía para doblegar su ánimo, enviaron emisarios al Rey Católico, reiterándole su fidelidad y exponiéndole los sufrimientos que les costaba conservarla, el cual, comprendiendo que de la posesión de aquel baluarte dependía la de Burgos, y con ella en gran parte el éxito de las operaciones que habían de asegurar la diadema castellana en las sienes de su esposa, juntó en Valladolid un poderoso ejército que, dirigido por los caudillos D. Alonso Ramírez de Arellano, Conde de Aguilar y Señor de los Cameros; Sancho de Rojas, Señor de Cavia; Pero Manrique y Esteban de Villacreces Señor de Valdescaray, llegó á la ciudad en los primeros días de Mayo de 1475.

Emprendido el sitio del castillo se colocaron *estanzas* contra éste y la iglesia de *La Blanca*, con escasa inteligencia y poco arrojo, á pesar de que los sitiados no extremaban la defensa, queriendo únicamente burlar y entretener á los sitiadores por el frente de la población, mientras por la puerta de la *Coracha* entraban los pertrechos enviados desde Rabé por el Obispo de Burgos D. Luis Osorio y Acuña, y salían las fuerzas de Zúñiga á secuestrar cuantos víveres y recursos hallaban, merced á lo cual iban prolongando su resistencia.

Presentóse á poco Don Fernando con su hermano bastardo el Maestre de Calatrava D. Alonso de Aragón, Duque de Villahermosa; el Condestable de Castilla D. Pedro Fernández de Velasco y el Conde de Haro, recibéndole el pueblo con grandes demostraciones de adhesión y entusiasmo, y al entrar en la catedral (14 de Junio de 1475) el Cabildo, espontáneamente, le juró leal obediencia como protesta del comportamiento de su Prelado que estaba á favor de los rebeldes.

La presencia del Rey dió vigoroso impulso á las operaciones, y para atender á los enormes gastos del cerco, expidió una *Real provisión* doblando el precio de las rentas de la ciudad y otorgándola

el privilegio de un mercado franco, el sábado de cada semana, que hasta hoy conserva cierta importancia, aun privado de las franquicias que antes tenía. Con los recursos obtenidos se acudió á la defensa de los distintos puntos por donde se sospechaba pudiera venir el portugués en socorro de sus parciales, y se establecieron las baterías de ataque con las *lombardas* y *pedreros* de que se pudo disponer, rompiéndose el fuego contra el castillo, al que contestaron los de dentro con más eficacia y resultado por estar á cubierto de sus murallas.

Concentrados los fuegos sobre la iglesia de *La Blanca*, como punto avanzado, hubo ésta de rendirse con los 400 hombres que mandaba el valeroso Capitán Juan Sarmiento, dándose un gran paso en el ataque general; y para aumentar el efecto, no muy decisivo, de la escasa artillería que acompañaba á las fuerzas leales, se abrieron varias minas bajo la dirección de D. Alonso y de Juan Gamboa, nombrado Capitán de las tropas establecidas en Santa María, desde donde partían las galerías. No ocultándosele á Zúñiga el grave daño que desde allí podía hacerse, y lo crítico de las circunstancias, decidió avisar al Duque de Arévalo el aprieto en que se hallaba el castillo, por falta de pertrechos y víveres, en especial vino, para que acudiese en su socorro, pues aunque estaban decididos á no ceder, iban agotando sus fuerzas, y era fácil abriera el hambre y el desaliento el camino á la traición.

El Duque escuchó el mensaje de labios de Juan Sarmiento, y envió á éste á D. Alonso de Portugal, que se hallaba en Toro, con un pliego en que decía: « Que su casa era la mayor de Castilla, é que la mejor cosa de toda ella era la tenencia del castillo de Burgos, que había tenido su padre y abuelo é con ella siempre fueron honrados, y él sostenía el patrimonio que le dexaron, é que le facia saber que los Reyes de Castilla, teniendo aquella fortaleza, tenían título al Reyno é pueden con buena confianza llamarse Reyes del, porque es cabeza de Castilla, é que había cuatro meses que el Rey Don Fernando la tenía cercada, é la combatía continuamente de noche é de dia con ingenios é lombardas, é con minas debaxo de tierra, en los quales combates eran muertos muchos, é los que quedaban, con gran angustia llamaban á grandes voces desde el muro á Don Alonso, Rey de Castilla é de Portugal, que les socorriese en

el aprieto y peligro que estaban. Otrosi le dixo que, dado tubieran mantenimientos en abundancia, no podrian sufrir mucho la fatiga de defenderse de dia y reparar de noche lo que destruian los ingenios y lombardas » (1).

Leída la carta, y aconsejado del Arzobispo de Toledo, que le acompañaba, determinó Don Alonso acudir en socorro de sus partidarios, reuniendo, con gran trabajo, 3.000 infantes y 1.500 caballos que le proporcionaron los nobles que seguían su causa, pues la mayoría de los portugueses que con él entraron en Castilla habían muerto, estaban heridos, ó desalentados tornaron á su país. Emprendida la marcha hacia Arévalo y Peñafiel, derrotó en este punto á un pequeño ejército que desde Valladolid enviaba la Reina Doña Isabel, mas á pesar de que esta fácil victoria debía haberle envalentonado, juzgó insuficientes sus fuerzas para contrarrestar los poderosos elementos acumulados en Burgos por Don Fernando, volviéndose atrás, primero á Arévalo y después á Zamora, donde los suyos también flaqueaban.

Continuaba, entre tanto, el cerco de la fortaleza burgalesa, combatiéndose con impetuosidad y arrojó por ambas partes, que al fin todos eran españoles, lo mismo los que se defendían heroicamente como los que veían estrellarse su valor contra aquellos muros, tantas veces ensangrentados, cuantas se intentó tomarlos por asalto. Pocos tiros se desaprovechaban y muchas eran las bajas, sin poderse afirmar cuándo terminaría lucha tan reñida, pues, aunque los del castillo estaban apurados, lamentando la indecisión del Rey de Portugal, no por eso dejaban de defenderse, causando gran destrozo en la ciudad y en las huestes de Don Fernando.

La noticia comunicada por Doña Isabel, de que el Alcaide Valdés y un caballero, Pedro Mazariego, habían decidido entregar á Zamora, obligó al Rey Católico á partir sigilosamente para este punto, acompañado solamente de Rodrigo de Ulloa y su Secretario Fernán Alvarez de Toledo, dejando al frente de las operaciones del sitio á su hermano, con el Almirante y el Condestable, encar-

(1) *Crónica de los Reyes Católicos*, por D. Andrés Bernaldez; idem por Hernando del Pulgar.

gándoles dijeran á los soldados no se presentaba por hallarsé enfermo, con lo cual pasó inadvertida tal ausencia en los primeros momentos.

Nada quebrantaba el ánimo sereno de los sitiados, sostenido por la esperanza de ser socorridos, y los de fuera la abrigaban de vencerlos por hambre, sospechando iban faltándoles vituallas, y así se lo decían, mas entonces aquéllos arrojaban por las murallas *trigo, perdices, naranjas* y otros regalados manjares, para probar los tenían en abundancia y que estaban bien lejos de rendirse.

Queriendo privar de agua al fuerte, lo que tan perjudicial hubiera sido á sus moradores, se construyeron unas minas en dirección de su célebre pozo, pero enterado Zúñiga envió algunas fuerzas que, después de inutilizar la bien ideada empresa, todavía salieron contra los que guarnecían las *estanzas*, resultando una doble lucha en la superficie y en las entrañas de la tierra, igualmente porfiadas, y en las que se demostró el gran adelanto obtenido en la espugnación de fortalezas con el uso de las minas y contraminas.

Un Alcalde de Burgos llamado Alfonso Díaz de Cuevas, que tenía gran prestigio entre los del castillo, un día que pudo ponerse al habla con ellos, les dijo era locura manifiesta pretender sostenerse abandonados á sí mismos, pues ya veían los olvidaban cobardemente el Rey de Portugal y el Duque de Arévalo, y exigía su buen nombre no ensangrentasen más el suelo patrio, oponiéndose á la opinión general abiertamente declarada en favor de Fernando é Isabel. Palabras tan razonadas y sentidas, produjeron dudas y vacilaciones entre los tenaces sitiados, y mientras unos querían morir como leales sin abandonar la causa que voluntariamente habían jurado, y aun confiaban que el Duque ó el Monarca portugués saldrían de su apatía é injustificada indecisión para acudir al socorro de presa tan codiciada, otros suspiraban por la paz, lamentando sacrificar sus vidas y el sosiego público por un extranjero que tan ingratamente se portaba.

A decidir la contienda vino una profunda brecha abierta por las lombardas en el muro, que cayó en gran parte, arrastrando entre sus ruinas los últimos escrúpulos de aquella obstinada gente, y comprendiendo era llegada la hora de capitular, parlamentó el Alcaide con el Duque de Villahermosa y el Condestable, conviniéndose,

después de largas explicaciones y mutuas exigencias, en entregar el fuerte si se perdonaba la vida á sus escasos moradores, que lo abandonarían con todos los honores de la guerra.

No considerándose con atribuciones bastantes el Infante bastardo, escribió á su cuñada Doña Isabel para que viniese, ya que su esposo no podía hacerlo, á resolver lo más conveniente á sus intereses. Al llegar á Burgos la augusta Señora se hospedó en las casas del Obispo, donde se presentaron los emisarios de Juan de Zúñiga á ultimar los detalles de la capitulación, que se hizo al fin respetando los bienes y familias de los rebeldes, pero con la cláusula de jurar fidelidad á los Reyes legítimos.

Este fué el término de tan largo asedio, que ocupó entonces la atención de todo el reino, y aun hoy es digno de estudio, porque señala un verdadero renacimiento militar con la aplicación inteligente al ataque y defensa de plazas, de elementos hasta entonces desconocidos ó poco usados.

A muchos alardes de bravura dió lugar su considerable duración de nueve meses (desde Mayo de 1475 á Enero de 1476) y como hace notar nuestro distinguido compañero el Sr. Arántegui, se vió que la artillería, arma tan principalísima y cuyo esplendoroso alborio se iniciaba entonces, no se la hacía «permanecer inmóvil en el lugar asentada primero, sino que en el último período se la coloca suficientemente cercana á los parapetos, constituyendo una verdadera batería de brecha.»

«Esta innovación (debida sin duda alguna á Don Alonso, que bien sabría de ella por la práctica adquirida en la guerra contra los catalanes) prueba por otra parte la escasez de los elementos del sitiador, pues de otro modo hubiera acallado antes el fuego de los defensores, asaltando la fortaleza según la práctica corriente» (1).

El Condestable había trabajado mucho en todas las fases del sitio y su empeño en las conferencias que precedieron á la entrega, fué conseguir las mayores ventajas posibles, y que apareciese se debía á su gestión el buen éxito para obligar á los Reyes á darle la investidura de Alcaide de la fortaleza que ambicionaba mucho, ya por

(1) *Apuntes históricos sobre la Artillería Española*, por D. José Arántegui, Madrid 1887, pág. 206.

su importancia, como por parecerle faltaba únicamente agregar ese cargo á los grandes honores y privilegios que poseía para ser la personalidad más saliente de la vieja capital castellana. Igual empeño tenía el Conde de Treviño, y esto fué motivo de agrios disentimientos entre ambos magnates, cuya recíproca envidia quedó satisfecha al verse descontentados por la Reina que puso por Alcaide á Diego de Rivera, ayo que había sido de su hermano Don Alonso y persona de toda su confianza.

Mucho sufrió Burgos en aquella ocasión, y sus habitantes dieron repetidas pruebas de valor sosteniendo el sitio casi solos, pues las tropas que primero envió Don Fernando, tuvo que distraerlas para acudir á otros peligros; y no menor fué su abnegación soportando infinitos desastres hasta conseguir que el glorioso pendón de los Católicos Reyes tremolase en la Torre del homenaje de su fortísimo baluarte, que si bien levantado para ser su amparo, una vez más hábale causado graves perjuicios. No quedó sin recompensa tan heroico proceder, y á los muchos títulos que ya de antiguo y por sus servicios ostentaba la insigne *Cabeza de Castilla*, pudo agregar el de *Muy Leal* concedido por aquellos Monarcas, que unieron á sus indiscutibles derechos de soberanía por sucesión hereditaria, el amor y voluntad de los pueblos, que aun si cabe, los abrillanta, sobre todo, cuando se manifiesta con el sello del sacrificio.

La Reina, cuya poderosa energía y consumado talento nada olvidaba referente al bien de sus súbditos, dispuso se socorriera con largueza á la ciudad, para cicatrizar las heridas de la tremenda catástrofe á consecuencia de la cual había desaparecido la calle de *Las Armas*, la principal de Burgos en riqueza é importancia, y algunas otras de los alrededores del castillo, que desde entonces empezaron á despoblarse; también ordenó se reparasen las torres y murallas del recinto que tanto habían padecido, con cuyo motivo se celebraron en Burgos unas conferencias entre D. Pedro Manrique de Lara y el *Gran Capitán*, en las que se trató de fortificación; planos á que habían de sujetarse las obras que se ejecutasen en el castillo y otros varios proyectos de organización militar, acariciados por los ilustres Monarcas, que igualmente atendían á las altas necesidades de gobierno y á los asuntos de la guerra, que al cuidado paternal de sus vasallos.

Años adelante, el Capitán Diego de Salazar (que trató á los citados interlocutores) sobre la base de dichas conferencias escribió en Bruselas (1590) su famosa obra *Tratado de re militari hecho á manera de dialogo que pasó entre los Ilustrisimos Señores D. Gonzalo Fernandez de Córdoba, llamado Gran Capitan, Duque de Sessa y D. Pedro Manrique de Lara, Duque de Najera, etc.*, en la cual hablando de las construcciones militares, dice: «Las almenas se hacian delgadas medio brazo; las saeteras y troneras, se hacian con poca abertura de fuera y muy más anchas de dentro y con otros muchos defectos.... Agora hemos deprendido hacer las almenas anchas y gruesas y las troneras anchas de dentro y vanse estrechando hasta la mitad del migajon del muro, y de allí hasta la corteza del muro se torna á ir estrechando.» Ideas y reglas nacidas de la aplicación de la pólvora á la guerra de sitio, y que se siguieron en las reformas hechas en el castillo burgalés, hermanándose las necesidades de la milicia con el gusto imperante ya en las edificaciones civiles.

Aunque, como indicamos antes, Doña Isabel nombró Alcaide del castillo á Diego de Rivera, fué sólo para que en su representación estuviese al frente de las obras por tener que volverse la Augusta Soberana á Valladolid á reunirse con Don Fernando, puesto que en la fiesta celebrada á los pocos días de haberse efectuado la rendición (30 de Enero de 1476) en el convento de San Ildefonso (1) para dar gracias á Dios por la pacificación de la ciudad y por la gloria que acompañaba á todas sus empresas, en el momento solemnemente de alzar la Hostia Santa, juró Isabel I en manos del Condestable de Castilla no entregaría la fortaleza de Burgos ni á los Duques de Arévalo, Condes de Plasencia y de Bejar, que de antiguo la poseían, ni á ningún otro magnate, sino que la reservaría á la Corona, como muestra de su real aprecio y de la alta estima en que tenía tan insigne monumento. En la Cédula Real, dando cuenta de esta ceremonia al concejo burgalés, manifiesta la Reina «que hace pleito homenaje de no dar la fortaleza.... y la guardar para su per-

(1) En este convento, después de innumerables modificaciones, se instaló el actual Parque de Artillería.

sona y que lo mismo promete hará el Rey su esposo » (1). Por su redacción se comprende que Don Fernando no asistió á la fiesta de San Ildefonso como gran número de historiadores regionales aseveran.

.....

.....

.....

.....

Calmadas las luchas intestinas; realizada, á costa de no pocos trabajos, la unidad de la patria; libre del yugo ominoso de los sectarios de Islam, consiguieron los Reyes Católicos la tranquila posesión del trono con el cariño ferviente y entusiasta de sus pueblos. Tales dichas vinieron á cobrar poderoso aumento con el descubrimiento de América, que se realizó en aquel glorioso reinado, como si Dios hubiera querido unirle á un hecho tan grandioso para que llegase hasta nosotros matizado con los esplendorosos fulgores de la inmortalidad.

Había terminado el largo y doloroso camino recorrido por Colón entre vicisitudes, desprecios y decepciones, debidas á los ignorantes que le desconocieron y le negaron su concurso para aquella temeraria empresa, que sin su fé y su constancia no hubiera llegado á término, impidiendo, ó retrasándose por lo menos, el arribo de los europeos á las playas del Nuevo Mundo, y quizás no hubiera sido España la llamada á recoger sus gloriosos frutos. La Providencia quiso al fin premiar sus afanes, su fé heroica no menos que la de nuestra hidalga nación, que alentó al sublime navegante, desde su primer viaje de exploración coronado con el éxito más brillante.

No menos satisfactorio fué el resultado del segundo, y los Reyes Católicos, que por entonces se hallaban en Burgos, Don Fernando dirigiendo las obras en el castillo para convertirlo en depósito de artillería y municiones, y Doña Isabel haciendo los preparativos de la marcha á Flandes de la Infanta Doña Juana, escribieron una cariñosa carta á Cristóbal Colón, invitándole á que fuera á recibir sus

(1) Archivo Municipal de Burgos.

plácemes, que tan merecidos tenía. Agradecidísimo éste á las regias liberalidades que le habían facilitado el logro de sus sueños, formados por los misticismos del creyente, las intuiciones del genio y los conocimientos del sabio, no tardó en presentarse en la ciudad, convertida momentáneamente en corte, acompañado de sus hijos D. Diego y D. Hernando, y vistiendo (según sus historiadores Oviedo y Valdés) el tosco sayal de los franciscanos á quienes profesaba un afecto rayano en veneración.

Extraordinario júbilo manifestaron los leales burgaleses á presencia del que acababa de engarzar un mundo en la diadema de Castilla, y corte y pueblo reunidos le colmaron de agasajos, que debieron endulzar las amargas de los pasados días, llevando á su espíritu auras refrigeradoras, semejantes á las que, partiendo del continente americano cargadas de desconocidos perfumes, orearon su frente en el momento sublime de gritar ¡Tierra!..... Aquella tierra que había vislumbrado en sus iluminismos casi proféticos en sus horas de largas y trabajosas meditaciones.

En el suntuoso palacio de los Condestables, residencia de los Reyes, se celebró la recepción del insigne navegante, que traía en homenaje respetuoso de agradecimiento y lealtad, multitud de objetos tan ricos como curiosos, procedentes de la privilegiada región recientemente explorada.

Pájaros rarísimos de espléndido plumaje; insectos de caprichosos matices; diversidad de animales de finísimas pieles; piedras preciosas; minerales; cerámica; joyas labradas con rara perfección; ídolos de madera; instrumentos músicos y gran cantidad de oro, llenaron la Real cámara causando la admiración de los Reyes, que alabaron tan magníficos regalos, en especial la Corona del cacique Caonaboa, ejemplar notable de una civilización desconocida.

Gran parte de este oro lo empleó la magnánima Soberana, como primicias al Ser Supremo, en dorar el retablo de La Cartuja de Miraflores, hermosa perla ojival que estaba construyendo para panteón de su padre Don Juan, y el resto con que se había quedado Colón, lo vendió á los mercaderes burgaleses (1), valiéndose de Jaime Fe-

(1) En el notable libro *Autógrafos de Cristóbal Colón y papeles de América*, del archivo de la casa de Alba, que acaba de publicar la ilustre Duquesa, en

rrer de Blanes, célebre joyero, conocido por el *Lapidario de Burgos*, que tenía su tienda próxima al castillo en las estrechas y mezquinas callejas que por la parte de San Esteban quedaban de la antigua judería.

Al ver las numerosas pruebas de los talentos de Colón y lo provechosas que para el comercio de la nación eran sus expediciones y viajes, confirmaron los Reyes Católicos la carta de privilegio otorgada en 17 de Abril de 1492, en la villa de Santa Fé, con otra expedida en Burgos á 23 de Abril de 1497, uniendo así para siempre el nombre de la insigne *Caput Castelle* con el grandioso acontecimiento, cuyo Centenario conmemora en estos días toda España.

En el mismo año de 1497 tuvo de nuevo Burgos ocasión de mostrar su regocijo por la boda del Príncipe D. Juan de Castilla, heredero de la Corona, con la Infanta Doña Margarita de Austria, que se efectuó el 19 de Marzo con inusitada pompa, y el 3 de Abril las velaciones, para lo cual se trasladaron los novios desde la *Casa del Cordón* á la Catedral, acompañados de brillante comitiva compuesta de los Reyes, los Embajadores, próceres, prelados y damas y los Regidores de la ciudad, que asistieron en corporación vestidos de *rozagantes ropones de terciopelo negro y cetros en las manos con las cruces de las collaciones*, seguidos de pajes y músicos con *trompetas, chirimías y sacabuches* (1).

En una palabra, la « *mejor i mas ilustre Gente que asta entonces se havia visto junta en España* », según expresa D. Fernando Colón, hijo é historiador del gran Almirante, que fué testigo presencial (2).

Por la tarde se desplegó igual boato en el torneo celebrado en honor de la futura Reina en el castillo, al que subieron los Reyes con la corte, de que formaban parte los Colones, y el Infante D. Juan, montado en hermoso corcel, al que seguían multitud de caballeros con ricos trajes y armaduras.

quien se unen los timbres preclaros de dos poderosas casas de la grandeza española, se inserta una curiosa relación referente á venta de oro hecha en Castilla por Colón, y aunque no tiene fecha, y pone solo los meses en las diversas partidas, debe referirse á la que anotamos.

(1) Archivo Municipal de Burgos.

(2) Capítulo LXIV de la *Historia del Almirante*.

El séquito de la Princesa Margarita, que vestía soberbio brial de brocado *chapado con mucho aljofar grueso é perlas é hilo de oro, una muy rica cadena al cuello é un tabardo de carmesí blanco ahorrado en damasco*, según se expresa en viejas crónicas, lo formaban gran número de damas ataviadas con finísimas *olandas* y tabardos de seda de diversos colores con profusión de bordados, según el gusto recargado de la época, que obligó á publicar leyes suntuarias contra tal lujo y despilfarro.

En la plaza de armas de la fortaleza tuvo lugar el brillantísimo torneo, sin otro contratiempo que la desgracia ocurrida á D. Alonso de Cárdenas, uno de los jóvenes más apuestos y bizarros de la Corte, que fué despedido por el caballo, sufriendo tan tremenda conmoción, que falleció á los cuatro días; triste presagio de la muerte de D. Juan, ocurrida el 4 de Octubre del mismo año, nublando la alegría de su joven esposa y de sus padres, y matando las esperanzas de los vasallos que le lloraron sinceramente asociados al duelo de sus Reyes.

EDUARDO DE OLIVER-COPÓNS.





